

ARTE Y CIENCIA: UNA VISION ESPECULAR

de Ana María Leyra y Carmen Mataix.

Prólogo de José Luis Pinillos (de la Real Academia Española). Ediciones La Palma, Madrid, 1992. 153 páginas.

Dr. Claudio Troncoso Barría

En estos tiempos de abierta tendencia a la fragmentación en casi todos los niveles en que se desenvuelve la actividad humana, resulta estimulante el trabajo de las profesoras Leyra y Mataix -de la Universidad Complutense de Madrid- dedicado a examinar la estrecha relación que puede establecerse entre arte y ciencia. Las páginas de este libro (que hemos recibido por gentileza de la primera de las nombradas) invitan a reconfigurar perspectivas, abandonar lugares comunes y asumir las consecuencias de un pensar fraguado por una mirada desteologizada que desde Nietzsche hasta nuestros días se despliega en todo su vigor. Como las propias autoras precisan, su punto de partida es el de "superar el dualismo ciencia-cultura como algo que entorpece la comprensión de una y otra y a veces la comprensión del hombre mismo" (p.21). Por ello conviene considerar el trayecto que ciencia y arte han recorrido a partir del siglo XIX tras la asunción de la "muerte de Dios", según un juego de influencias recíprocas donde el progreso científico encuentra su lugar en el ámbito más amplio del progreso cultural en que se inserta.

Ana Leyra y Carmen Mataix destacan el legado de soledad que ha dejado la "muerte de Dios", soledad que parece acrecentarse a medida que la física incursiona de modo cada vez más profundo en los misterios del mundo subatómico, campo cuyo trasfondo viene dado por una 'realidad' evanescente en la que no hay lugar para la buscada "objetividad" de la ciencia clásica. Paralelamente, en el mundo del arte se han diluido los límites del marco pictórico y del texto literario. Tras la "muerte de Dios" ciencia y arte involucran un observador-lector cuya perspectiva acentuadamente antiesencialista todo lo tiñe de subjetividad. Pero no se trata, naturalmente, de aquella subjetividad entendida en tanto opuesta a una objetividad que estaría realmente "allí", a la espera de ser develada como tal. La subjetividad que ahora se ha puesto en movimiento es de otro tipo pues corresponde a aquella que se halla determinada por la dimensión **creadora** del observador, situado -esta vez- en medio de la escena. Nos encontramos, entonces, con un observador que es, al mismo tiempo que espectador, **actor**. De este modo, la clásica oposición sujeto-objeto termina por disolverse. Lo relevante ahora es la **red de relaciones** entre hombre y naturaleza; pero la ciencia de nuestro tiempo, en su esfuerzo por aprehender dicha red termina encontrándose, indefectiblemente, con el hombre enfrentado consigo mismo. En otros términos: la mirada científica se decanta en una peculiar forma de antropocentrismo como resultado de la relación **especular** que el observador mantiene con lo observado. En esta nueva situación -según nos muestran las páginas que reseñamos- el riesgo de caer en

el solipsismo es inminente pues ahora, aparte del ya aludido espectador-actor, "no hay nadie más" (p. 111). Pero mientras el artista puede actuar sin referente alguno que trascienda el puro campo de la creación estética, el científico parece necesitar de un 'original' que sirva de marco de referencia a su producción teórica y práctica. Como consignan las autoras, Planck y Einstein, contrarios a la interpretación de la Escuela de Copenhague, constituyen un claro ejemplo de la fuerte resistencia a prescindir de dicho original. La historia es conocida: los derroteros seguidos por la física contemporánea se hallan trazados por este antropocentrismo de nuevo cuño al que hemos hecho referencia. El observador-actor y la pretensión de integrar los aspectos opuestos o incompatibles que ofrece la realidad "fenoménica" -única manera de entender esta realidad- configuran una perspectiva que, a nivel científico, en cierto sentido reproduce la transformación que el libro ha sufrido en el campo literario. En efecto, como consecuencia de una mirada de sesgo **deconstructivista** -en la acepción derridiana del término- el libro deviene **texto**, superando los parámetros logocéntricos que reducían la escritura a la condición de simple "suplemento" de la oralidad. Por su parte, la naturaleza aparece ante el físico con un acentuado carácter textual pues todo ha devenido texto. Reiterémoslo: ya no hay una "realidad objetiva" de la que el científico tenga que ocuparse. También en la ciencia se aprecia un logocentrismo que termina por ser superado en la propia praxis heurística, de sello incuestionablemente creador. En el terreno pictórico

Velásquez ya lo adelantaba, pues con él "la percepción de la realidad no es una, sino múltiple, reflejo de un laberinto de espejos, imagen diferida; el artista, la paleta, cobran la mayor significación en el cuadro. La realidad se construye, se inventa, se crea.¹ Conocer la realidad es crearla" (p. 125).

De contemplador absoluto de la obra divina, tras la "muerte de Dios" el hombre ha pasado a desempeñar el papel de actor-creador en un medio **textualizado** correspondiente a una realidad abiertamente cuestionada y sometida a un implacable proceso desencializador. A través de la obra que nos ocupa asistimos al ocaso del enfrentamiento de las perspectivas artística y científica. Lejos de exacerbarse el antagonismo de puntos de vista se ha producido una especie de conciliación que redundará en una mejor comprensión del universo y, por ende, del hombre. A fin de cuentas, "la meta del arte y de la ciencia ha sido la misma: el descubrimiento del hombre solo en el centro de su búsqueda" (p. 153). Ya ha quedado aclarado que este antropocentrismo del que Ana Leyra y Carmen Mataix nos hablan es de nueva factura. Estamos lejos de toda forma de antropocentrismo narcisista (Copérnico, Darwin y Freud no han dejado lugar para ello). Pero ha ocurrido que la física cuántica, al volver a ubicar al hombre en el centro de la escena lo ha hecho sin que éste hubiese sido advertido. De aquí, entonces, el sentimiento de

1.- Las autoras remiten al trabajo de A. Buero Vallejo "El espejo de Las Meninas", que figura en **Tres maestros ante el público** (Alianza Editorial, Madrid, 1973).

insatisfacción e inseguridad que la nueva situación ha producido en el hombre.

Acotemos, finalmente -conscientes de no hacer justicia, por falta de espacio, a la riqueza temática y problematizadora de la obra reseñada-, que si aplicamos claves derri-dianas (ellas ocupan un destacado lugar en el trabajo de Ana María Leyra y Carmen Mataix) podríamos sostener que la cultura de nuestro tiempo es una cultura en proceso de "deconstrucción"² que ha plasmado su propia -y más amplia- "gramatología", todo ello en un permanente esfuerzo hermenéutico en el cual el intérprete se encuentra comprometido en su ser a la vez que con un mundo del cual es su insustancial creador.

2.- "Hablar de deconstrucción es (...) hablar de una estrategia de lectura, de un acercamiento a los textos o a los discursos a partir de una mirada desprejuiciada, sin verdades, sin sistemas establecidos como puntos de referencia inamovibles". (A. Leyra y C. Mataix, **Arte y ciencia: una visión especular**, pp. 82-83)."